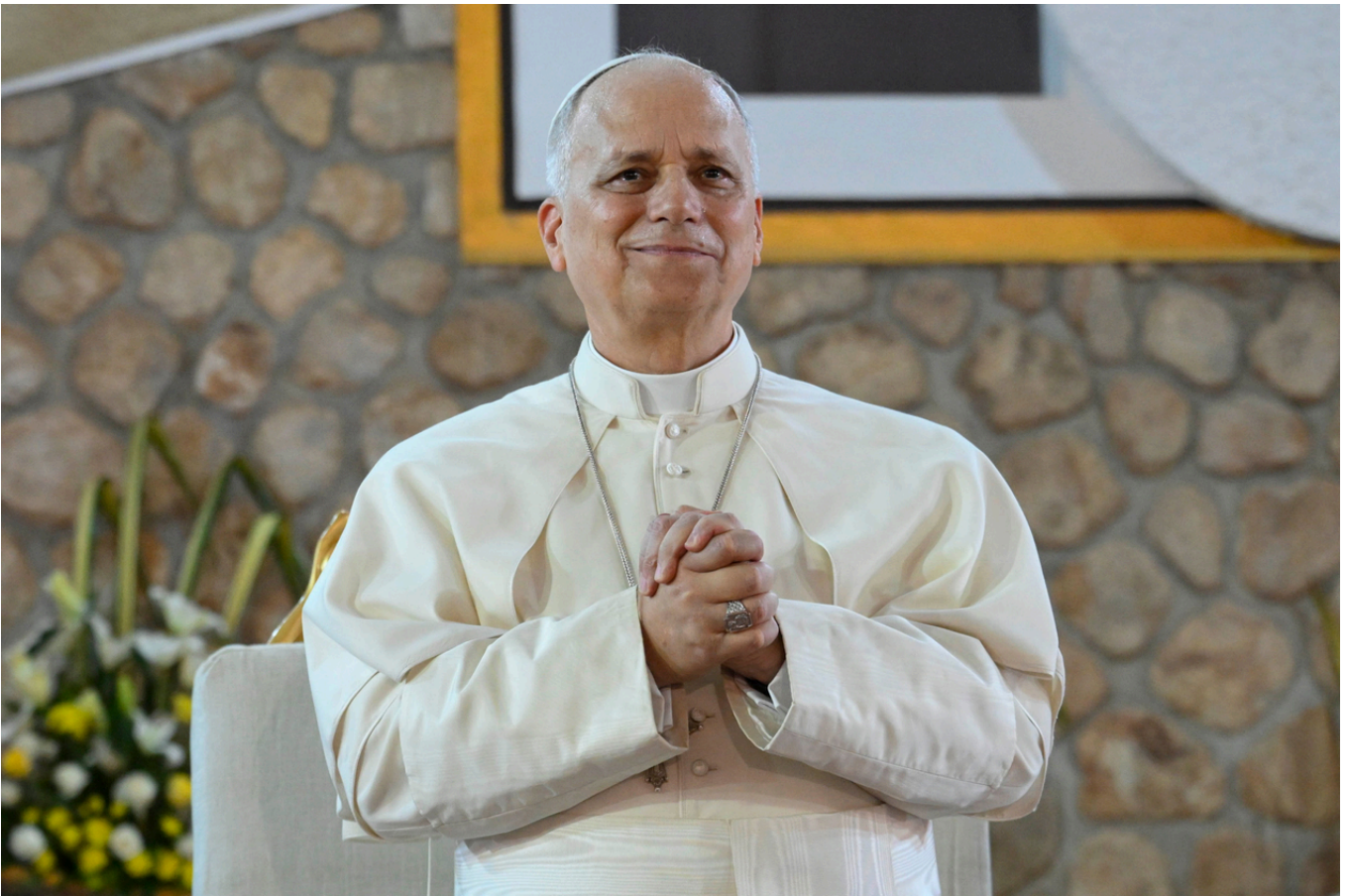


A un año de la elección del papa León XIV



El 8 de mayo de 2025, mientras el mundo miraba expectante la fumata blanca desde el Vaticano, me tocó estar comentando en televisión en tiempo real lo que estaba ocurriendo y lo que yo creía implicaba.

Dije, sin pensarlo mucho como pasa en esas circunstancias, más o menos esto: que la elección de un Papa estadounidense —por primera vez en la historia— supondría poner una voz y una palabra de contrapeso frente a la retórica de un presidente de Estados Unidos reforzado luego de su segunda elección. Con un año de distancia, creo que algo de razón tuve, pero no dimensioné del todo lo que estaba imaginando. León XIV ha sido, efectivamente, esa voz. Lo fue temprano, cuando calificó de “extremadamente irrespetuoso” deportados por la Administración Trump. Lo fue cuando nombró obispo a un salvadoreño que vivió indocumentado en Estados Unidos y que ha cuestionado públicamente la política migratoria de la Casa Blanca, una señal que en el lenguaje vaticano vale más que cualquier declaración. Y lo fue de manera más directa hace pocas semanas, cuando calificó de “inaceptable” la amenaza de en el contexto de la guerra con Irán. Trump respondió llamándolo “débil” y “pésimo en política exterior”. Esta semana, a intentar descongelar las relaciones.

No es poco. En un año en que muy pocos líderes mundiales han sido capaces de hablarle de frente a Washington sin pagar costos enormes, un Papa nacido en Chicago le ha dicho al mundo y a su propio país natal —desde Roma, pero en perfecto inglés— que hay líneas que no se cruzan. Sin embargo, cuando hablé de “contrapeso”, tenía en mente algo más directo, más frontal. Imaginé —quizás ingenuamente— un choque de frente entre dos figuras del mismo país, dos lecturas del mundo que se disputarían la narrativa. Lo que ha ido ocurriendo fue más sutil y, en el fondo, estoy convencido, más inteligente. sin caer en la trampa de convertirse en actor político, como corresponde a su rol. Cuando Trump lo ataca, el Papa baja el tono: “No somos políticos, somos constructores de paz”, dijo desde África hace unas semanas. No fue un paso atrás. Fue elegir el terreno donde él puede ganar y donde Trump no tiene ninguna posibilidad, aun cuando Gianni Infantino y la FIFA piensen lo contrario. Lo que no calculé es que el contrapeso más poderoso no siempre es el más ruidoso.

Que un Papa que habla de la defensa de la educación, de la protección del migrante, de la humanización del trabajo, de las posibilidades pero también , y de la inviolabilidad de la dignidad humana como categorías irrenunciables puede incomodar más a cierta política que cualquier confrontación directa. Porque le devuelve al debate público un vocabulario que esa política ha intentado desplazar: el de la persona concreta, irreducible a su utilidad económica o a su estatus migratorio. Y hay algo más que fui entendiendo con el tiempo: ese vocabulario no opera solo en los grandes foros o en las declaraciones que recogen los cables internacionales.

Opera, sobre todo, en la acumulación. En la repetición constante de una misma convicción —que el ser humano vale por lo que es, no por lo que produce ni por el pasaporte que carga— frente a un discurso que necesita exactamente lo contrario para sostenerse. Cada vez que León XIV insiste en esa idea, no está dando una conferencia de prensa. Está erosionando, con paciencia casi geológica, el suelo sobre el que se construyen ciertos relatos de exclusión. Sin ruido pero con consistencia. En ese sentido, lo que veo a un año de su elección no es solo que algo del pronóstico se cumplió, sino más importante, que se cumplió de una manera que obliga a pensar con más cuidado qué significa hoy tener una voz de contrapeso en un mundo que necesitamos que mejore. Eso también es poder. Y eso, quizás, es lo más esperanzador del año que acaba de pasar. Cristóbal Madero Cabib es sacerdote jesuita y vicerrector de Identidad y Vinculación de la Universidad Alberto Hurtado